*Problemas del cristianismo**

MARIO PARAJÓN

Aparece la tercera edición a este libro que se compone de un conjunto de artículos, se lee fácilmente y hace la impresión de que en este fin de siglo el cristianismo pasa por una época difícil. No es la primera vez que tal cosa sucede, y un libro de Jean Guitton —*Crisis en la Iglesia*— ilustra muy bien la historia de esos momentos en que ha parecido al borde del naufragio la palabra del Evangelio. Don Julián aborda el tema evitando el tono apocalíptico y expresándose con toda la serenidad que ya constituye en él una segunda y hasta una penúltima naturaleza.

Le preocupa que se ignore "cuál es el contenido real, esencial del cristianismo". Y esto es verdad porque si se le formula a un par de centenares de cristianos, el problema no consistiría en que las respuestas fuesen diferentes, sino que se registrase abundancia de contradicciones entre muchas de ellas. A la pregunta: ¿quién es un cristiano?, ya no se responde como en los tiempos del decir tradicional: aquel que cree en los artículos de fe revelados por Dios y transmitidos a la Iglesia; y cumple

con los manda mientes del Señor y de su Cuerpo Místico.

Y no se responde así porque la interpretación de los manda-mientos puede hacerse de mil maneras, de forma que hay quien los interpreta de una y otros de otra, lo cual confunde al buen hombre que cumple con su precepto dominical, reza antes de dormir y trata de portarse bien con su familia y en su trabajo.

Marías piensa que ocurren cosas graves que resumiríamos así: 1) Que el cristianismo no funcione "primariamente como religión; 2) Que Dios deje de interesar por sí mismo; 3) Que se pase por alto el amor a Dios y se le disuelva en el "amor a los hombres" —cuanto más abstracto y lejano, mejor, porque rara vez se trata del próximo, del prójimo".

«Marías piensa que ocurren cosas graves que resumiríamos así: 1) Que el cristianismo no funcione "primariamente como religión; 2) Que Dios deje de interesar por sí mismo; 3) Que se pase por alto el amor a Dios y se le disuelva en el "amor a los hombres" —cuanto más abstracto y lejano, mejor, porque rara vez se trata del próximo, del prójimo".»

Y añade algo que le parece importante: que "en ciertos medios se ha evaporado la gratitud al Dios Creador", paso primero del "envaguecimiento de la visión de Dios como Padre — núcleo esencial del cristianismo". En ninguna de las otras religiones, la relación de Dios y el hombre ha sido de filiación; y en el cristianismo, "Dios aparece como un Tú y el hombre como 'yo'. Si a éste se le interpreta como persona en Occidente, al cristianismo se le debe".

Don Julián no olvida que la "realidad radical es la vida hu-mana". La vida humana no tiene que ser lo más importante, pues podemos subordinarla a un proyecto que traiga consigo su pérdida; pero siempre es la realidad radical, ya que en ella *radican* las otras realidades, incluida la de Dios. Eso quiere decir que a Dios lo descubrimos en la vida, cuando asistimos al culto que se le rinde en la familia, cuando noshabló de Él un maestro o cuando el padrino tomó en serio su función y

* Julián Marías. Planeta-Agostini, 1995.

nos instruyó en el contenido del Credo.

Si Dios existe y es nuestro Padre, eso quiere decir que nos ama; y si nos ama ese amor es de veras, lo cual significa que nos ama para siempre. Difícilmente se concibe el amor de un Dios que sea Padre y que vaya a crear unos hijos cuya duración sea la de una temporada en este mundo. Los crea para siempre y los elige uno a uno desde antes de la existencia del mundo, como se dice en la epístola a los Efesios. Maravilla de las maravillas, pero que trae consigo que el primer atributo de la vida sea entonces la seriedad.

Dios lo "ve" todo, el tiempo y la eternidad se entrelazan en una conexión inseparable y nada cae ni en el "vacío, ni en el olvido, ni en la oscuridad o la inexistencia". Eso quiere decir que estoy en las "manos de Dios", pero puesto por Él en libertad, aunque "dependiente y sujeto a su poder" y que la religión "afecta al detalle de la vida, a la totalidad de sus momentos y contenidos" Pero no se vive sólo en función de ella, ya que la "vida interesa por sí misma".

El origen del problema se halla en una "mutilación de la realidad humana". Basta que se olvide alguna de sus dimensiones, basta una instalación cómoda y mezquina en cualquier reduccionismo, sea cual sea, para que lo cristiano pierda el rosa magnífico de sus mejillas.

«Si Dios existe y es nuestro Padre, eso quiere decir que nos ama; y si nos ama ese amor es de eras, lo cual significa que os ama para siempre.»

Gran parte de él se conservaba cuando el cristiano vivía a la espera de algo que nunca era completamente seguro en ninguno de sus polos: la salvación o la condenación: ¿Me salvaré o me condenaré? ¿Puedo comulgar o me acarreo mi sentencia si lo hago en tales condiciones? ¿Será venial o mortal esta falta ue cometo? ¿Qué cuentas me pedirá Dios cuando me llegue el momento de presentarme ante Él? ¿Figuraré en la lista de los que hicieron milagros en su nombre y a quienes él asegura que no conoce? ¿Tendré la suerte de ser de los llamados "benditos de mi Padre"?.

Esta inquietud vivificaba la vida religiosa y partía del supuesto de la inmortalidad o vida perdurable. Pero se ha debilitado la creencia en ella desde que se ha decidido "omitir esa alternativa".

Hay que reconocer que en la segunda mitad del siglo **XX** no "sólo se ha acentuado de manera progresiva la interpretación ultramundana de la religión". Se ha hecho también algo muy grave: multitud de eclesiásticos, formados en seminarios donde nunca nadie leyó cuatro párrafos de economía política, casi nadie se especializó en historia ni en sociología, empezaron a escribir y a hablar de esos temas en el nombre de Cristo y de su deseo de que la religión no fuese "una fuga hacia lo alto". Conclusión: que con la mejor intención del mundo se han tratado asuntos muy delicados, con frecuencia entre vaguedades. Todavía recuerdo un domingo primero de Adviento en que asistí a misa lleno de ilusión y esperando que se me hablara del Bautista, de la Virgen y de Isaí-as. La homilía trató de la "paz" y la "unidad", pero sin que los asistentes nos enterásemos de qué paz se trataba ni a qué unidad se refería el orador.

Es una vieja historia: la escolástica imperaba allí donde los

eclesiásticos se preparaban para predicar el Evangelio. Y se repitió la situación lamentable de fines del XVIII, cuando se pretendió salir del "manual tomista" y se fue a dar nada menos que a Condillac, Helvecio y La Mettrie. Sustituyanse esos nombres por los de Marx, Adorno, Heggel, los empiristas ingleses y algunos más: se comprobará que un momento y otro se parecen como gotas de agua.

Marías insiste: al cristianismo le es esencial mantener viva e intensificar "la esperanza y el deseo de la otra vida". Y se atreve a tocar el tema de la condenación, léase el del infierno; el tema del que quizá se abusó antes, pero que ahora ni siquiera se menciona. Marías me dijo en una ocasión: yo creo que el infierno está poco poblado, pero que con algunos habitantes cuenta. No se trata de vivir atemorizados por el terror al fuego eterno, pero sí de animar la sabiduría del temor a quien se puede ofender gravemente.

Después don Julián toca un punto que en nuestro tiempo he leído sólo tratado por él; que le interesa particularmente y que vuelve una y otra vez sobre su contenido: la imaginación de la otra vida. Si hemos de vivirla por toda una eternidad, ¿por qué no imaginarla de antemano, soñarla, desear que en ella ocurran tales encuentros, aprender a estremecernos porque ya no vemos *en espejo y como en enigma1* Es muy probale o muy seguro que nos quedaremos cortos, pero esa no es razón para no encenderse en

esperanza y para no anticipar el gozo.

Hay una conexión entre este mundo y el otro, de eso no cabe ninguna duda; y el "gran error de la enseñanza religiosa, incluso de buena parte de la especulación teológica, ha sido no buscarla".

Por eso tiene sentido pensar en los misterios del cristianismo, desde el matrimonio que va más allá de la muerte hasta la "comunión de los santos", tema al que nadie dedica ni cinco minutos en una época en la que se habla tanto de comunión, comunidad y comunidad de base. Pasa lo mismo con el sentido positivo de la moral cristiana, pues quien no falta a los mandamientos sin referencia al primero, "ciertamente no los cumple".

«Hay que reconocer que en la segunda mitad del siglo XX no "sólo se ha acentuado de manera rogresiva la nterpretación ntramundana de la religión".»

No puedo comentar cada idea de las que están presentes en este libro. Los viejos lectores de Marías sabemos que le sobran y que le encanta lanzarlas casi bombardeándonos con ellas y a veces sin permitirnos un respiro. Pero hay tres presentes en el libro que no se pueden obviar. La primera: la del cristianismo y la justicia. El sentido de esta última se ha subrayado y se subraya como nunca en nuestro tiempo. Magnífico, piensa don Julián, pero no se olvide que hay muchas injusticias, desde carecer de pan y techo hasta la que para él es la peor de todas: perder la esperanza.

La segunda: es menester que las ovejas tengan su pastor. Por algo y para algo designó Cristo a Pedro "vicario" suyo. "Gracias a Dios, el papa no tiene poder temporal ni lo necesita ni puede tenerlo". Marías entiende que entre las maneras de servir hay una, particularmente importante y delicada, que consiste en mandar, en el ejercicio adecuado de la autoridad". Un piloto no puede renunciar a dirigir el vuelo ni un cirujano le puede

consultar al paciente lo que se hace en el quirófano. La autoridad pastoral es irrenunciable y no conlleva ninguna tiranía, pues al pueblo de Dios le sobra holgura para moverse. No deja de ser curioso que hombres como Pablo VI y Juan Pablo II hayan sido tan atacados. A Pablo VI se le debe la creación del Sínodo de los Obispos, Juan Pablo II no se baja de un avión si no es para subir a otro y se gana esa autoridad pastoral frente a la multitud que lo acoge y lo aprueba. Tendrá defectos como los tienen todos los hombres nacidos de mujer, pero ni siquiera sus encíclicas sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y sobre las cuestiones sociales, merecen una cita en muchas homilías. Si al vicario de Cristo se le convierte en el rey "simbolizante" que representa la unidad que sólo existe de nombre, nos encontraremos con que la Iglesia se convierte en miles de iglesias cada una con su papa mil veces más autoritario que el de Roma y predicando lo contrario de lo que predica el papa de la otra esquina. En vez de la Iglesia de los pobres, estaremos fabricando la de los evangélicos. Y habrá centenares de rebaños con centenares de pastores cada uno con un silbato de su propiedad. Y esa falsa liberación de una doctrina, terminará en la servidumbre a un hombre.

Falta la gran cuestión. Marías inserta en *Problemas del Cristianismo* su ensayo *Filosofía y Cristianismo* que será preciso leer y releer. No voy a entrarle a fondo porque no es la ocasión, pero sí a señalar que es de lectura imprescindible para quienes pretendan estar en la vida conscientes de que lo están. El hombre siempre puede estar solo o acompañado, pero es constitutivamente una soledad. Dios nos tiene en sus manos y paradójicamente nos deja solos. Y la soledad en la que consistimos, necesita avanzar por una selva erizada de *zarzas*, enigmática y oscura, que se llama la realidad. La religión está hecha de confianza en el Padre que nos ha creado y la filosofía necesita una certidumbre radical que sistematice las otras certidumbres que poseemos. La religión se revela mientras el filósofo desvela esa realidad enigmática.

«Marías me dijo en una ocasión: yo creo que el infierno está poco poblado, pero que con algunos habitantes cuenta. No se trata de vivir atemorizados por el terror al fuego eterno, pero sí de animar la sabiduría del temor a quien se puede ofender gravemente.»

¿Es posible una filosofía cristiana y no sólo una filosofía hecha por cristianos? Blondel, Gilson, Maritain, Marcel, Zubiri y Marías han puesto manos a esa obra. La *Antropología Metafísica* de Marías y su *Mapa de la realidad personal* son aportes decisivos a la formación de una filosofía cristiana que ya no está por hacer, sino que está empezando a hacerse.

El regreso de Torquemada

En contraste con lo escrito por don Julián aparece un artículo titulado *Amor* en cuatro páginas de una obra llamada *Conceptos fundamentales del cristianismo.*

El autor del artículo *Amor* entiende que la gran innovación del Vaticano II consiste en la "centralidad del amor fraterno", único camino para llegar a Dios. A ese Dios es menester amarlo con todo el corazón, y con amor filial, se dice y se repite en el Nuevo Testamento. Era de esperarse entonces que en un artículo donde se tratara del amor, alguna palabra se nos dijera de Él, pero el autor no menciona el acto de adoración que se le debe, tampoco se refiere a la plegaria (palabra que

no aparece en el texto), ni a la acción de gracias, ni a los artículos de fe que nos ha revelado, ni a amarlo por sí mismo y no por los beneficios recibidos. Es muy cierto que ese amor al Dios invisible sería falso si no amáramos al prójimo visible, pero lo es igualmente que no amaríamos al prójimo si no adorásemos al Padre común que "nos amó primero" y nos reveló nuestra participación en su naturaleza. Fuimos elegidos por Él, uno a uno, antes de la creación del mundo. ¿No se merecía al menos un par de líneas?

No, el "amor fraterno", el importante, se manifiesta en la identificación con Jesús y con el pobre. Pero no se aclara quién es el pobre: aquel que come mal o no come o le falta el techo o convive con muchos en una habitación. Pero también el pobre de espíritu, el hombre o la mujer de corazón atribulado a quienes se olvida en el artículo *Amor*.

Y prosigue: La innovación conciliar no se reduce a saber qué es el amor. En una toma de conciencia del mismo, dice, tiene que ocupar su sitio una parte negativa. Hay que desenmascarar a los que dicen amar y no aman. Esos fariseos son los que "hacen uso ideológico del amor", convirtiéndolo en un "instrumento de dominación y de ocultación de la realidad, y por tanto en un arma de conservación social". Son, entre otros, "aquellos que en el nombre del amor condenan la lucha de clases y la violencia revolucionaria". Gandhi figuraría en la lista de esos indeseables, así

LITERATURA

como Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II; y por ende Nuestro Señor Jesucristo. Los maestros en el arte de amar serían entonces Stalin, Lenin, Castro y Guevara.

Nuestro Señor Jesucristo nunca predicó la lucha de clases ni la revolucionaria; le curó la oreja al que vino a proceder a su arresto y le prohibió a sus discípulos que lo defendieran con las armas; llamó bienaventurados a los mansos ya los pacíficos; calmó a los suyos cuando éstos quisieron destruir una ciudad; y se dejó abofetear, escupir, coronar de espinas y crucificar en medio de los peores insultos pudiendo fulminar a quienes lo vejaban y torturaban. Aceptó apaciblemente la autoridad del César, advirtió a los ricos cuan difícil les resultaría salvarse, pero no los excluyó de la salvación al contar entre los suyos al rico Nicodemo. Y su entrañable San Pablo afirmó con todo el valor que tal afirmación requería, que quien se despoja de todos sus bienes, si carece de caridad de nada le aprovecha abrazar la pobreza. Describe Pablo el amor cristiano como paciencia, servicio, decoro, falta de irritación y otras cualidades que estos *Conceptos Fundamentales del Cristianismo* y en el artículo dedicado al *Amor* no figuran por ninguna parte. Grave omisión.

De lo cual se concluye que sólo aman los comunistas o sus amigos: un solemnísimo disparate, una declaración de simpatía inquisitorial y toda una difamación. No era con Jesús ni con el pobre con quien se pretendía que nos identificáramos: Era con la vendedora de churros que le servía su elaboración culinaria a Lenin y que dicen lo endiosaba.

Porque los comunistas han estado en el poder mucho tiempo y el

«Marías inserta en *Problemas del Cristianismo* su ensayo *Filosofía y Cristianismo* que será preciso leer y releer.»

cubano cumplirá dentro de poco sus primeros cuarenta años de instalación en el mismo. ¿Ha convocado alguna vez a elecciones libres permitiendo la formación de partidos políticos? Nunca. Siendo como es el supuesto campeón de la defensa de los pobres, ¿ha hecho una economía que redunde en el mejoramiento de los mismos o ha cometido tremendos disparates económicos que no se le han podido criticar ni en una línea de un periódico? Si su gobierno ha sido una dictadura del proletariado, ¿cómo los obreros han carecido del derecho a la huelga, al aumento de salario y a la formación de sindicatos? ¿Por qué la delación ella de manera siniestra la denuncia política con la venganza personal? ¿Por qué están suprimidas todas las libertades —hasta la de entrar y salir libremente del país? ¿Por qué se necesitan dólares para comer y el peso cubano es de valor prácticamente inexistente? ¿Por qué Cuba ocupaba el tercer lugar en el progreso económico iberoa mericano y hoy se encuentra en el puesto trece o catorce? ¿Por qué los campesinos se rebelaron en el Escambray y fueron decapitados y sus hijos recluidos en ciudades dormitorios? ¿Por qué el Estado tiene facultades para intervenir en los detalles más irrelevantes de la

«¿Es posible una filosofía cristiana y no sólo una filosofía hecha por cristianos? Blondel, Gilson, Maritain, Marcel, Zubiri y Marías han puesto manos a esa obra.»

vida, para condenar sin pruebas y por lo que se llama cínicamente convicción moral? No voy a prolongar el cuestionario al infinito, pero sí aseguro que quienes defienden este régimen en el nombre del amor, no defienden ni a Cristo ni al pobre, sino a Fray Tomás de Torquemada. Y se apresuran a desentenderse de su culpa arrojándosela calumniosamente a las víctimas aplastadas por el sistema. Hieren a los heridos y le propinan la pateadura a los pateados. Son los simpatizantes de la lucha de clases y la violencia revolucionaria quienes canonizan a Torquemada y ocultan se ha entronizado mezclándose en la realidad y la convierten en instrumento de dominación. Y encima difaman a los caídos.

En el texto no hay ni una leve referencia a esa maravilla que se llama el amor de la amistad, ni tampoco al milagro sacramental del amor conyugal, ni a la obra de las Hermanas de la Caridad —maestras si alguna vez las hubo en el arte de amar—; ni al prodigio de las Misiones Salesia-nas, ni al nombre de la enorme Teresa de Calcuta. Con seguridad que los inquisidores amaban más y mejor que esta mujer inimitable.

Perdónalo, porque no sabe lo que hace, me ha dicho un jesuita amigo que colabora en el libro. Me propondré hacerlo. Pero qué trabajo cuesta cuando se ha vivido en la propia carne ese marxismo que otros viven frivolamente en las aulas, los manuales, el turismo y las tertulias donde se habla tanto de lo que se ignora.

Duelo añadir que el autor del artículo *Amor* aparecido en los *Conceptos fundamentales del Cristianismo* ejerce oficialmente como sacerdote y ha sido expulsado del Instituto Católico de París.